



Estimados antiguos alumnos:

Las universidades suelen ser medidas por diversos parámetros de calidad: investigación relevante y a la vez pertinente socialmente, nivel y antecedentes de sus profesores, cantidad de docentes con alta dedicación, relación con los organismos que gestan políticas públicas, vinculación tecnológica con empresas, etcétera.

Sin embargo, uno de los indicadores más relevantes, no siempre tangible pero sí contundente, es la calidad de sus graduados. Y al referirme a la calidad no estoy haciendo mención solamente (ni principalmente) a la académica o la experiencia en sus respectivas disciplinas. Se descarta que esto es básico y no puede faltar. Pero lo que de verdad marca la diferencia es si los graduados de la Universidad finalmente se definen en sus vidas profesionales —con sus opciones claras— a favor de una sociedad más justa, no sólo para ellos, sino para los que más sufren. Si al llegar el momento de tomar decisiones, se inclinan por lo que es mejor para el bien común y no sólo para el beneficio particular; si llegado el caso, son capaces incluso de resignar un poco de provecho personal para beneficiar a los más desfavorecidos de la sociedad; si en definitiva a la hora de vivir su profesión o su vida académica, la piensan desde un “nosotros” abarcativo más que desde el yo restrictivo a lo propio y poco más; si intentan ser críticos y constructivos para forjar una sociedad mejor, más justa.

De aquí se deduce que, lo que nuestra Universidad sea está directamente vinculado con la calidad humana y ética de nuestros graduados, con su compromiso con una sociedad más justa.

Si como Universidad sólo aspiramos a crear buenos profesionales, muy bien preparados en su disciplina, le estaríamos haciendo un muy flaco favor a la sociedad y estaríamos perdiendo el tiempo. Porque estaríamos alimentando un sistema básicamente injusto en el que unos pocos incluidos gozan de los beneficios de la formación universitaria, mientras una inmensa mayoría queda fuera y excluida incluso de bienes básicos. Estaríamos limitándonos a devolverle a la sociedad más de lo mismo, pero más instruido, con lo que ayudaríamos a perpetuar ese esquema de incluidos y excluidos.

Los graves problemas que padecemos en Latinoamérica y en particular en Argentina son la prueba —entre otras muchas cosas— del fracaso del sistema universitario, ya que el sistema ha privilegiado de tal modo lo estrictamente científico y disciplinar que ha descuidado las consecuencias éticas del conocimiento y su sentido social.

Por eso, una tarea no menor para las universidades, y en particular para esta —su alma máter—, es reconciliar en la formación de nuestros futuros graduados tres aspectos que no siempre se dan en su equilibrio justo: conocimiento disciplinar de primer nivel, formación ética y humanista para aplicar ese conocimiento y conciencia social crítica para afrontar los desafíos y comprometerse por la construcción de una sociedad más justa.

Ustedes han sido formados en nuestra Universidad, la UCC. Lo que ustedes sean habla de quiénes somos, de quiénes hemos sido, de quiénes debemos ser.

Afectuosamente.

P. Lic. Rafael Velasco sj  
Rector - UCC